



STEPHEN LAWHEAD

Mano de Plata

LA CANCIÓN DE ALBIÓN II

Al otro lado del Portal se halla el Otro Mundo, mágico lugar de belleza sin parangón y espejo fiel del mundo que les ha tocado vivir a Simon y Lewis, jóvenes estudiantes del apasionante folclore celta. Una brecha se ha abierto en el plexo cósmico que mantiene el sagrado equilibrio entre los dos mundos, y sobre ambos parece haber recaído la responsabilidad de aventurarse en un universo mitológico de vívida leyenda e impedir que una catástrofe de consecuencias imprevisibles suma a los dos mundos en una mortífera oscuridad.

Dedicado a Donovan Welch

STEPHEN R. LAWHEAD

«Puesto que el mundo no es más que una historia, hicisteis bien en comprarla historia más perdurable en lugar de comprarla historia menos perdurable».

El juicio de san Columkill
(San Columbán de Escocia)

Escucha, oh Hijo de Al-

bión, las palabras proféticas:

Laméntate y entristécete, porque el dolor asuela Albión en tres frentes. El Rey de Oro tropezará en su reino con la Roca de la Contienda. El Gusano de ardiente aliento reclamará el trono de Prydain; Llogres se quedará sin señor, pero Caledon se salvará. La Bandada de Cuervos acudirá en tropel a sus umbrías cañadas, y el graznido será su canción.

Cuando la luz de los *derwyddi* se apague y la sangre de los bardos reclame justicia, los Cuervos extenderán sus alas sobre el bosque sagrado y el montículo sacrosanto. Bajo las alas de los Cuervos se instalará un trono. Sobre ese trono, un rey con una mano de plata.

En el Día de la Lucha, las raíces y las ramas se intercambiarán los lugares, y el fenómeno será considerado una maravilla. El sol se apagará como el ámbar, la luna esconderá su faz: la abominación contaminará la tierra. Los cuatro vientos se pelearán entre ellos con ráfagas terribles; el estruendo se oirá hasta en las estrellas. El Polvo de los Antepasados se alzarán hasta las nubes; la esencia de Albión se dispersará y desgarrará en la lucha de los vientos.

El mar se levantará con potentes voces. No habrá ningún puerto seguro. Arianrhod duerme en su promontorio rodeado por el mar. Aunque muchos la busquen, no la en-

contrarán. Aunque muchos la llamen, ella no los oirá. Sólo el beso casto la devolverá a su lugar.

Entonces surgirá el Gigante de la Maldad y aterrorizará a todos con el hábil filo de su espada. Sus ojos vomitarán fuego; sus labios gotearán veneno. Con su enorme hueste asolará la isla. Todos los que se le enfrenten serán barridos por el río de perversidad que fluye de su mano. La Isla de la Fuerza se convertirá en una tumba.

Todo esto va a sobrevenir por obra del Hombre Cínico, que, montado en su corcel de bronce, siembra un infortunio tan grande como calamitoso. ¡Alzaos, hombres de Gwir! ¡Empuñad las armas y enfrentaos a los hombres malvados que hay entre vosotros! El fragor de la batalla será oído en las estrellas del cielo, y el Año Grande avanzará hacia su consumación final.

Escucha, Hijo de Albión: la sangre nace de la sangre. La carne nace de la carne. Pero el espíritu nace del Espíritu y con él permanece por siempre jamás. Antes de que Albión sea una, debe ser realizada la Heroica Hazaña y debe reinar Mano de Plata.

Banfáith de Ynys Sci

1

PÁJARO DE MAL AGÜERO

Transportamos el cadáver de Meldryn Mawr desde la escarpada fortaleza de Findargad para sepultarlo en la Colina de los Reyes. Tres caballos tiraban de la carreta: uno rojo y otro blanco arrastraban el féretro, y un tercero de color negro los precedía. Yo iba a pie junto al caballo negro, conduciendo el cuerpo del poderoso rey hacia su tumba.

Seis guerreros caminaban a ambos lados del féretro. Los cascos de los caballos y las ruedas de la carreta estaban envueltos en trapos, y también las lanzas y los escudos de los guerreros. Los llwyddios cerraban la marcha; hombres, mujeres y niños portaban antorchas apagadas.

Desde tiempos inmemoriales se celebran de esta forma los funerales de los reyes. Las ruedas y los cascos se envuelven en trapos para que el féretro desfile en solemne silencio; las armas se cubren y las antorchas no se encienden para que nadie pueda contemplar el paso del cortejo fúnebre. El sigilo y el silencio impiden que la tumba pueda ser descubierta y profanada por los enemigos.

Mientras la noche cubría el cielo con su manto de estrellas, llegamos a Glyn Du, una estrecha vaguada tributaria del valle del río Modornn. El cortejo fúnebre se internó en la sombría cañada y avanzó siguiendo la tranquila y oscura

corriente del arroyo. La profunda vaguada estaba aún más oscura que el cielo, todavía teñido con la luz azulada del crepúsculo. El montículo mortuario se elevaba en la cima de la colina como una mole de espesa lobreguez.

Al pie de Cnoc Righ, la Colina de los Reyes, dispuse una pequeña fogata para encender las antorchas. La gente se distribuyó en dos hileras a ambos lados del sendero que conducía colina arriba hasta la entrada del *cairn*, y la llama fue pasando de antorcha en antorcha. Es el rito de *Aryant Ol*, el iluminado pasillo por el que es conducido un rey hasta su tumba. Cuando el pueblo se hubo congregado comencé el ritual fúnebre con estas palabras:

—La espada que llevaba al cinto era una muralla alta y fuerte contra la que se estrellaban los enemigos. Ahora se ha quebrado.

»La torques que sostenía en mi mano era un faro de clarividente ecuanimidad, una almenara de justicia cuyo fulgor se veía desde la colina más lejana. Ahora se ha apagado.

»El escudo que llevaba al hombro era el sostén de los héroes y una fuente de abundancia en el palacio del honor. Ahora se ha resquebrajado, y la mano que lo sostenía está inerte y fría.

»El pálido cadáver pronto yacerá bajo la tierra y las piedras azules. ¡Ay de mí!, el rey ha muerto.

»El pálido cadáver pronto yacerá entre la tierra y el roble. ¡Ay de mí!, el Caudillo de Clanes ha sido asesinado.

»El pálido cadáver pronto yacerá en su tumba bajo la yerba. ¡Ay de mí!, el jefe de Prydain se reunirá con sus hermanos en el Montículo de los Héroes.

»¡Hombres de Prydain! Echaos de bruces sobre la tierra porque la aflicción ha caído sobre vosotros. ¡El Día de la Lucha ha amanecido! Grande es la pena, agudo el dolor. Ya no se entonarán en la tierra alegres canciones; sólo plañideros lamentos. Llorad amargamente. El Pilar de Prydain se ha roto en pedazos. El Palacio de las Tribus ya no tiene tejado. El Águila de Findargad ha muerto. El jabalí de Sychar-

th ya no está entre nosotros. El Soberano Señor, el Rey de Oro, Meldryn, ha sido asesinado. ¡El Día de la Lucha ha amanecido!

»Amargo es el día del nacimiento porque la muerte será su compañera. Sin embargo, aunque la vida sea despiadada y cruel, nos queda un último consuelo, porque morir en un mundo es nacer en otro. ¡Que todos los hombres que me escuchan lo recuerden!

Tras pronunciar estas palabras, me volví hacia los guerreros que flanqueaban el féretro y les hice una seña. Los caballos fueron desenganchados, la carreta fue levantada, y le quitaron las ruedas. Después los guerreros alzaron el féretro y se encaminaron despacio hacia el *cairn*, entre la doble hilera de antorchas que iluminaban el sendero hacia la tumba.

Cuando el féretro hubo pasado ante mí, ocupé mi puesto tras él y comencé a entonar el *Lamento por el Paladín Caído*; cantaba suave y lentamente, haciendo que las palabras cayeran como lágrimas en el silencio de la cañada. A diferencia de otros lamentos fúnebres, éste se canta sin acompañamiento de arpa y es entonado por el jefe de los bardos; aunque yo jamás lo había cantado, lo conocía muy bien.

Es una canción emocionante, llena de amargura y cólera porque la vida del paladín ha sido segada prematuramente y su pueblo se ha visto privado de su valor y de la segura protección de su escudo. A medida que cantaba, mi voz sonaba más potente y firme, colmando la noche de un descarnado y violento dolor. Es una canción en la que no tiene cabida el consuelo: canta la frialdad de la tumba, la obscenidad de la putrefacción y el vacío e inutilidad de la muerte. Canté la pérdida de nuestro rey y la dolorosa soledad del sufrimiento, pronunciando las palabras como si las desgarrara con los dientes.

La gente lloraba, y yo también, mientras colina arriba, entre las hileras luminosas del *Aryant Ol*, nos acercábamos

lentamente al *cairn*. Acabé la canción; la última nota se convirtió en un agudo y salvaje grito. Los pulmones me quemaban, me ardía la garganta, y pensé que mi corazón se abrasaría con el esfuerzo. El desgarrado grito resonó y se prolongó en el aire, para desvanecerse luego tras alcanzar el tono más agudo. Su eco retumbó en las laderas de Glyn Du y voló hacia la estrellada bóveda celeste como una lanza dirigida al mismísimo corazón de la noche.

Los guerreros que transportaban el féretro se detuvieron al oírlo. Los abandonaron las fuerzas, y el féretro se tambaleó. Por un momento temí que fueran a dejarlo caer, pero se sobrepusieron, se irguieron y alzaron otra vez el féretro. Fue un momento terrible, espantoso, que expresó con más elocuencia que mi lamento la angustia y la aflicción por la pérdida sufrida.

Los portadores se detuvieron a la entrada del *cairn* para dejar pasar primero a dos hombres con antorchas. Luego entraron el féretro; yo los seguí. En el interior del *cairn* fúnebre había varias hileras de nichos, pequeñas cámaras tapadas con escudos que contenían los restos de los reyes de Prydain.

El cuerpo de Meldryn Mawr fue depositado en el centro del *cairn*, en su féretro. Los guerreros saludaron a su rey llevándose el dorso de la mano a la frente para rendirle el último tributo, y salieron de la tumba. Yo me quedé un poco más contemplando el rostro del soberano a quien tanto había amado y servido. Un rostro blanco como la ceniza, con las mejillas y los ojos hundidos, y la frente con la palidez de la muerte, pero altiva y hermosa. Incluso muerto el semblante de Meldryn Mawr expresaba nobleza.

Paseé la mirada por los escudos de los reyes enterrados en los nichos del *cairn* reyes de tiempos pasados, soberanos de renombre que se habían sucedido en el trono de Prydain. Ahora Meldryn Mawr, el Rey de Oro, había dejado vacante ese trono. ¿Quién merecía ocupar su lugar?

Fui el último en abandonar la tumba y dejar el cuerpo del rey sumido en su largo sueño. Un día, cuando los servidores de la muerte hubieran acabado su trabajo, regresaría para reunir sus restos y colocarlos en uno de los nichos. Di mi último adiós a Meldryn Mawr y salí del *cairn*. Mientras descendía por el iluminado pasillo del *Aryant Ol*, entoné el *Lamento de la Reina*.

Enseguida las melodiosas voces de las mujeres se unieron a la mía. Es una canción que eleva y consuela el espíritu y, al cantarla, me convertí, no sólo de nombre sino también de hecho, en el Bardo Supremo de mi clan. En efecto, mientras cantaba, me di cuenta de que la vida de la canción arraigaba en mi pueblo, y de que éste sacaba fuerza y sostén de su belleza. Comprendí que revivían con la canción, y no pude menos que pensar. «Ésta noche he empuñado la vara de Ollathir y me he hecho merecedor de ella. Me he hecho merecedor de ser el bardo de un gran pueblo. Pero ¿quién es merecedor de ser nuestro rey?».

Contemplé los rostros de los reunidos en las laderas de Cnoc Righ y me pregunté quién de ellos podría llevar la torques que Meldryn Mawr acababa de abandonar. ¿Quién podría llevar en su frente la corona de hojas de roble? Entre nosotros había hombres buenos, inteligentes y valerosos, capitanes que podían acaudillarnos en la guerra..., pero un rey es mucho más que un caudillo.

«¿Quién merece ser rey? —pensé—. Ollathir, mi guía y maestro, ¿qué harías tú en mi lugar? Aconséjame, viejo amigo, como tantas veces hiciste. Dale a tu *filidh* el regalo de tu clarividente sabiduría. Deseo seguir tu consejo, sabio maestro. Muéstrame el camino que tú escogerías...».

Pero Ollathir había muerto, como tantos otros orgullosos hijos de Prydain, y su voz era sólo un eco que se desvanecía en el recuerdo. Desgraciadamente su *awen* había desaparecido de este mundo, y yo debía encontrar solo mi camino. «Muy bien —me dije, dispuesto a asumir mi papel

— Soy un bardo y puedo hacer todo lo que un verdadero bardo puede hacer».

Me cubrí la cabeza con el manto y alcé mi vara.

—Hijo de Tegvan, hijo de Teithi, hijo de Talaryant, bardo y descendiente de bardos; soy Tegid Tathal. ¡Escuchadme!

Hablé con energía, consciente de que había quienes habrían preferido que permaneciera en silencio.

—Soy el más desvalido de todos los hombres porque el rey que me apoyó ha sido perversamente asesinado. Meldryn Mawr ha muerto. Y yo sólo veo ante mí muerte y oscuridad. Nos han robado a nuestro resplandeciente sol. Nuestro rey yace yerto y frío en su tumba, y la traición ha usurpado el lugar del honor. ¡Ha llegado el Día de la Lucha! Que todos los hombres busquen protección en el filo de su espada. La Guerra del Paraíso ha comenzado; el estrépito de la batalla se oirá en la tierra mientras Lludd y Nudd luchan uno contra otro por el trono de Albión.

—¡Pájaro de mal agüero! —exclamó Meldron abriéndose paso entre la multitud.

Se había puesto las vestiduras de su padre: *siarc*, *breecs* y *buskins* de color carmesí orlados de oro. Llevaba el puñal de oro de Meldryn Mawr y también su cinturón de discos de oro, finos como las escamas de un pez. Y, por si eso no bastara, se había atado en la nuca sus leonados cabellos para que todos vieran en su garganta la torques de oro del rey.

Mis palabras habían dado en el blanco. Meldron ardía de cólera. Tenía la mandíbula alzada en gesto desafiante, y los ojos le brillaban como chispas de pedernal a la luz de las antorchas. Siawn Hy, el paladín de Meldron, con rostro bronceado y sereno, se mantenía a la diestra de su señor.

—¡Tegid está trastornado! ¡No le hagáis caso! —gritó Meldron—. No sabe lo que dice.

Los llwyddios murmuraron confusos, y Meldron se encaró conmigo.

—¿Por qué te comportas así, bardo? ¿Por qué te empeñas en asustar a todos? Ya nos agobian suficientes preocupaciones para que encima tengamos que prestar oídos a tus insensateces.

—Ya veo que estás muy atareado —repliqué mirándolo de frente—. Atareado en robar el cinturón y la torques de Meldryn Mawr. Pero no creas que por ponerte las vestiduras de tu padre vas a ocupar su lugar.

—¡Nadie puede hablar en ese tono al rey, bardo! —me espetó Siawn Hy acercándose amenazadoramente—. Retén tu lengua o la perderás.

—No es un bardo —intervino Meldron—. ¡No es más que un pájaro de mal agüero!

Luego soltó una sonora carcajada y me apartó de un empujón.

—Sigue tu camino, Tegid Tathal. Estoy harto de que metas las narices en todo. No te queremos aquí, ni a ti ni a tu malévolas lengua. Ya no te necesitamos.

Siawn Hy esbozó una sonrisa.

—Al parecer, ya no eres útil al rey, bardo. Quizá tus servicios sean mejor recibidos en cualquier otra parte.

Me invadió una llamarada de cólera.

—Meldron no es el rey —le recordé—. Sólo yo poseo la dignidad real; a mí me corresponde otorgarla a quien yo escoja.

—Y yo tengo en mi poder las Piedras Cantarinas —bramó Meldron—. Ningún hombre puede prevalecer sobre mí.

Su exabrupto levantó murmullos de aprobación entre los hombres que lo rodeaban. Vi claramente que se las había apañado para embaucar a sus seguidores y para utilizar en su beneficio la inspirada y valiente hazaña de Llew. Se había adueñado de las piedras que encerraban la Canción y había hecho de ellas un talismán de poder.

—Te equivocas al cifrar en esas piedras tu valor —le dije—. La Canción de Albión no es un arma arrojada.

Siawn Hy desenvainó la espada, que brilló como un rayo a la luz de las antorchas. Se acercó a mí y apoyó la punta de la hoja en mi garganta.

—Tenemos otras armas —silbó echándome el aliento a la cara.

Fue una amenaza imprudente y temeraria. La gente se agitó intranquila sin saber qué partido tomar. Atacar a un bardo ante su pueblo sólo podía desencadenar un enorme desastre. Pero Meldron los había intimidado con su férrea autoridad, respaldado por Siawn Hy y por la Manada de Lobos. Ya no sabían ni a quién creer ni en quién confiar.

Contemplé a Siawn Hy con gélido desprecio.

—Mátame ahora —lo desafié—. Porque Meldron jamás será rey.

Siawn aumentó la presión de la espada sobre mi garganta. Sentí que concentraba todas sus fuerzas en la punta del arma, y noté la frialdad del arma sobre mi carne. Agarré mi vara disponiéndome a usarla contra él.

Entonces surgió un grito de la multitud.

—¡Mirad!

Luego otro:

—¡El *cairn*!

Los ojos de Siawn Hy se desviaron para mirar el montículo fúnebre. Su expresión malévolá se tornó en asombro y dejó caer la espada.

Miré hacia la cima de la colina. A la luz de las antorchas vi que algo se movía dentro del *cairn*. Pensé que era un espejismo producido por el pestañeo de una llama o el humo de una antorcha. Estaba a punto de desviar la mirada cuando de nuevo vislumbré algo..., algo que surgía de allí, que se movía en la oscuridad...

Ante los ojos de todos apareció la figura de un hombre que salía del *cairn*.

Una mujer gritó:

—¡Es el rey!

—¡El rey! —coreó el pueblo—. ¡El rey está vivo!

Un estremecimiento de miedo y asombro conmovió a la multitud.

Por un momento creí que el rey había resucitado a la vida. Pero enseguida deseché tal idea. Meldryn Mawr no podía volver al mundo de los vivos.

El hombre se alejó del montículo fúnebre y con paso firme comenzó a descender por la Colina de los Reyes hacia donde estábamos nosotros. Vislumbré en su dedo el fulgor áureo del anillo del paladín del rey.

—¡Llew! —exclamé—. ¡Es Llew! ¡Llew ha regresado!

El nombre de Llew se expandió como una ola entre la multitud congregada.

—Llew..., es Llew... ¿Lo veis? ¡Llew!

Era cierto; el viajero del Otro Mundo había regresado. Los llwyddios le abrían paso formando un luminoso pasillo de antorchas. Él no miraba ni a derecha ni a izquierda; seguía descendiendo por la ladera de la colina con andar decidido.

Al contemplarlo, comprendí por qué su aparición infundía en la gente asombro y ánimo a la vez. Lo aclamaban, tendían las manos para tocarlo, alzaban las antorchas ante él.

—¡Llew! ¡Llew! —gritaban; su nombre afloraba con facilidad pasmosa a los labios de todos.

Vi cómo descendía por la Colina de los Reyes flanqueado por la luz de las antorchas y me dije a mí mismo: «Quizá la Mano Segura y Certera ha elegido este bastidor para abordar el nombre de un rey».